



EL ADMINISTRADOR DIOCESANO DE OSMA-SORIA

*Jornada del voluntariado de Cáritas
Catedral (El Burgo de Osma)
29 de noviembre de 2025*

Queridos hermanos:

Me alegra encontrarme hoy con vosotros y poder saludarlos al comenzar esta Eucaristía. Gracias por vuestra presencia, por vuestro tiempo y, sobre todo, por vuestra manera de estar al lado de quienes más lo necesitan. Cada uno de vosotros, desde lo que sois, formáis parte de este rostro concreto de la Iglesia que es Cáritas: un rostro hecho de manos que acogen, de miradas que escuchan y de corazones que se compadecen. Que esta celebración sea para cada uno un descanso, un aliento y una confirmación en el camino de servicio que realizáis.

La primera lectura, tomada del libro de Daniel, nos habla de visiones inquietantes, de reinos que pasan, de poderes que se tambalean... y, sin embargo, también nos anuncia que el reino será entregado al pueblo de los santos del Altísimo. Es decir, que la historia, pese a sus sombras, pertenece a quienes se dejan guiar por Dios, a los humildes, a los que sirven, a los que no buscan imponerse, sino levantar al otro.

1

En un tiempo en el que las noticias hablan de guerras, crisis, desigualdades crecientes e incertidumbre, esta palabra de Daniel es un consuelo y también un reto. Nos recuerda que vuestra misión no es secundaria, sino parte de ese reinado de Dios que avanza silenciosamente. Cuando acompañáis a una familia, cuando resolvéis un trámite, cuando calmáis un miedo, cuando escucháis sin prisas, estáis diciendo al mundo que las fuerzas que destruyen no tienen la última palabra.

Vosotros, voluntarios de Cáritas, sois precisamente ese pueblo humilde que construye un reino que no aparece en los titulares, pero sí en los gestos: un reino hecho de cercanía, escucha, acompañamiento, paciencia y entrega. Frente a las fuerzas grandes del mundo, vuestro servicio parece pequeño, pero es más fuerte y más duradero que cualquier reino humano, porque



EL ADMINISTRADOR DIOCESANO DE OSMA-SORIA

nace del amor. Y por eso debéis sentiros orgullosos, no por vanidad, sino porque estáis cooperando con Dios mismo en la transformación del mundo.

El salmo responsorial, tomado del cántico de Daniel, responde con una invitación constante: “*Bendecid al Señor*”. No es sólo un canto litúrgico; es una actitud. Bendice al Señor quien reconoce que todo lo que hace (también el voluntariado) no lo hace para sí mismo, sino para manifestar la bondad de Dios. Bendice al Señor quien sabe que servir al pobre es motivo de gratitud, no de orgullo. Bendice al Señor quien descubre que en cada rostro atendido hay una especie de sacramento: Dios se deja tocar en el hermano.

Qué hermoso sería que, al terminar cada jornada de servicio, cada uno pudiera decir: “Hoy también he bendecido al Señor con mi vida”, no porque todo haya salido perfecto, sino porque he puesto el corazón. Y si a veces el cansancio se impone, o las situaciones nos superan, o los problemas parecen no tener solución, entonces también ahí es tiempo de bendecir a Dios: porque nos sostiene, nos anima y nos hace comprender que, incluso cuando nuestros recursos son limitados, su misericordia es infinita.

2

Y en el Evangelio, Jesús nos exhorta: “*Tened cuidado... estad siempre despiertos... manteneos en pie*”. Jesús conoce nuestra tendencia a la dispersión, al desánimo, incluso al desgaste del alma. Y por eso nos invita a velar. ¿Velar para qué? Para no perder el corazón. Para no dejar que lo urgente haga invisible lo importante. Para que la tarea no mate la motivación. Para no olvidar que lo que hacemos en Cáritas, lo hacemos en su nombre.

Jesús nos invita a una vigilancia que no es miedo, sino atención amorosa. Como quien cuida un fuego pequeño para que no se apague, así hemos de cuidar la llama del servicio. Y cada uno sabe cuáles son sus tentaciones: el activismo que agota; la rutina que enfriá; la falta de reconocimiento que desanima; conflictos o malentendidos que hieren... Por eso el Señor nos pide vigilancia: para que nuestro corazón siga siendo tierno, compasivo, capaz de sorprenderse ante el sufrimiento, capaz también de alegrarse con cada pequeña mejora en la vida de las personas acompañadas.



EL ADMINISTRADOR DIOCESANO DE OSMA-SORIA

Estamos también a las puertas del Adviento, un tiempo que justamente nos invita a velar, a esperar, a mantener encendida la lámpara. Y creo que los voluntarios sois especialmente “hombres y mujeres del Adviento”: personas que, sin hacer ruido, mantienen viva la esperanza en realidades donde parece haberse apagado. Vosotros sois quienes recordáis, con vuestra presencia, que Dios viene siempre, que Dios sigue visitando a su pueblo a través de vuestros gestos.

En Adviento encenderemos velas. Vosotros encendéis vidas. Encendéis autoestima, dignidad, horizontes nuevos. Sois como esas luces pequeñas que, en una habitación oscura, permiten de pronto ver la salida. El mundo necesita estas luces, y nuestra diócesis y nuestras parroquias, gracias a vuestro servicio, pueden decir humildemente que siguen ofreciendo una esperanza real para muchas personas.

3

Por eso hoy, en esta misa conclusiva de la jornada, quisiera dar gracias al Señor por vuestra generosidad y vuestra perseverancia; gracias por los gestos que nadie ve, por los nombres que nadie conoce, por las horas entregadas, por los desvelos, por la creatividad para buscar soluciones, por el amor concreto que ponéis en cada persona que atendéis. Vosotros hacéis visible la Iglesia allí donde más falta hace: en los márgenes, en los cruces de dolor, en las grietas de la dignidad humana.

Y también quiero animaros a seguir adelante. No os canséis de hacer el bien; no dejéis que las dificultades os roben la alegría; no penséis nunca que lo que hacéis es poco. Para quien recibe vuestra ayuda, es muchísimo. Y para Dios, es todo.

Pero también hoy Jesús os recuerda: “*velad*”. No para que hagáis más, sino para que cuidéis vuestra vida interior; para que no perdáis la alegría; para que protejáis la motivación; para que vuestro servicio no sea activismo, sino Evangelio vivo. Velad para manteneros en pie frente a las dificultades, los recortes, la incomprendición o el cansancio. Velad para que nadie os robe la ternura. Velad para que vuestro sí siga siendo fresco, limpio, alegre.



EL ADMINISTRADOR DIOCESANO DE OSMA-SORIA

Antes de concluir, quisiera dirigirme de nuevo a cada uno de vosotros desde el corazón de este Año Jubilar de la Esperanza que estamos viviendo como Iglesia. Un Jubileo es siempre un tiempo de gracia, de renovación y de puertas abiertas. Y vosotros, con vuestra vida entregada, sois precisamente eso: puertas abiertas a la esperanza para quienes han perdido casi todo, luz en medio de tantas noches de incertidumbre.

Hoy, al terminar esta jornada, os invito a volver a vuestras parroquias y a vuestros equipos con un ánimo renovado. Que este Año de la Esperanza sea también para vosotros un pequeño jubileo interior: un tiempo para dejar que Dios os cure el cansancio, os devuelva la alegría y os recuerde que ninguna entrega es estéril cuando brota del amor.

Seguid siendo artesanos de esperanza en lo cotidiano; seguid poniendo humanidad donde a veces sólo hay frialdad; seguid siendo ese signo silencioso de que Dios sigue actuando a través de manos concretas, de nombres concretos, de historias concretas: las vuestras.

4

Que el Señor os bendiga, os fortalezca y haga fecundo todo lo que sembráis. Y que María, Madre de la Esperanza, os acompañe siempre en este hermoso camino de servir. Muchas gracias por todo lo que hacéis y por todo lo que sois.

*Gabriel-Ángel Rodríguez Millán
Administrador diocesano, s.v.*